

Los internacionalistas y el estudio de la historia

Internationalists and the study of History

David Jamil Sarquís Ramírez*

Resumen

El desarrollo de la disciplina de Relaciones Internacionales está profundamente vinculado al del resto de las disciplinas sociales. Se ha dicho que es, desde sus inicios, inherentemente interdisciplinaria. En este trabajo se explora, en particular, la relación que en el curso del último siglo ha tenido con la Historia. Después de un arranque marcado por una relación vinculada muy de cerca al trabajo de los historiadores, en especial en la rama de la historia diplomática, los internacionalistas se distanciaron marcadamente de la Historia durante varias décadas. En la actualidad, a pesar de un creciente interés por la historia, desde finales del siglo xx, el estudio contemporáneo de las relaciones internacionales sigue siendo eminentemente “presentista”, es decir, sobre todo interesado en cuestiones de coyuntura, hasta el punto de un virtual divorcio de Relaciones Internacionales¹ e Historia. Este distanciamiento procede sobre todo de la crítica de Popper en *La miseria del historicismo* a los intentos por establecer leyes históricas de carácter general, responsables de una especie de determinismo del devenir humano. Además de la idea de características inéditas en cada nueva coyuntura. El interés por la coyuntura es fácil de explicar: la gente se siente afectada de manera directa por lo que pasa hoy en el mundo, ya que es su realidad inmediata. Con tantas noticias alarmantes por todos lados, no es difícil justificar los intentos por comprender y, en lo posible, controlar el desarrollo de los acontecimientos. Por ello, los internacionalistas privilegian el análisis de coyuntura. El problema se presenta, desde luego, al intentar explicar una coyuntura, pues entonces descubrimos que, de manera inevitable, debemos contar una historia. El trabajo versa sobre la relación de los internacionalistas con la Historia y el aprendizaje que de ella se puede derivar.

Palabras clave: Historia, sistema internacional, coyuntura, análisis histórico-social, relaciones internacionales.

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales con especialidad en Relaciones Internacionales por la UNAM y doctor en Historia por la Universidad Autónoma Metropolitana. Actualmente se desempeña como docente investigador en el Instituto de Estudios Internacionales “Isidro Fabela” de la Universidad del Mar, en Huatulco, Oaxaca, México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel 1. Correo electrónico: david.sarquis@huatulco.umar.mx

¹ Sigo aquí la tradición establecida de escribir con minúscula el nombre del objeto material de los internacionalistas y con mayúscula el nombre de la disciplina.

Abstract

The development of International Relations as a discipline is deeply linked to the rest of the Social Sciences. It has been said that, from the beginning it is inherently interdisciplinary. This work explores, in particular, the relation that, in the course of the last century, our discipline has had with History. After a start marked by a very close relation with the work of historians, especially in the branch of diplomatic history, internationalists grew noticeably distant from History for several decades. Nowadays, in spite of a growing interest for history, since the end of the 20th century, the contemporary study of International Relations remains essentially 'presentist', that is, mainly concerned with current events, to the point of a virtual divorce between it and History. This distancing comes mainly from Popper's criticism in: *The Misery of Historicism* against the attempts to establish general historical laws to account for the unfolding of human events. It also comes from the idea that each historical moment possesses its unique characteristics. Interest for contemporary events is easy to explain: people feel directly affected by what is happening in the world today, this is their immediate reality. With so many alarming news everywhere, it is not difficult to justify the attempts to understand, and as far as it is possible, to control unfolding events. The problem arises, of course, when one tries to explain current events, for then you discover that, inevitably, we must tell a story. This work explores the relations of internationalists with History and the lessons we may derive from it.

Keywords: History, international system, current events, socio-historical analysis, international relations.

Introducción

Los internacionalistas constituimos una comunidad epistémica *sui generis* en el mundo contemporáneo. El objeto de estudio sobre el cual enfocamos nuestro interés, es decir, los fenómenos de carácter internacional, son tan antiguos como la civilización misma, si pensamos en lo internacional desde una perspectiva flexible, capaz de contemplar la interacción entre grupos humanos políticamente independientes y culturalmente diferenciados, como su esencia definitoria, aunque éstos no sean naciones, según la concepción ortodoxa, como se ha sugerido desde hace más de medio siglo.²

Nuestra disciplina, en cambio, es muy reciente: apenas está a punto de cumplir un siglo según la tradición convencional,³ lo cual no significa carencia de reflexión

² Véase Georg Schwarzenberger, *La política del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960; Raymond Aron, "Qu'est-ce que une théorie des relations internationales?" en *Revue Française de Science Politique*, vol. 17, núm. 5, 1967; Yale Ferguson y Richard Mansbach, *Politics: Authorities, Identities and Change*, University of South Carolina Press, Columbia, 1996; Jay Rosenberg, "Why is there no international historical Sociology?" en *European Journal of International Relations*, vol. 12, núm. 3, 2006; David Sarquís, *La dimensión histórica en el estudio de las relaciones internacionales: el proceso de reconstrucción de sistemas históricos internacionales*, Grial, México, 2012.

³ La tradición establecida sugiere que nuestra disciplina nació en 1919 al término de la Primera

teórica en materia internacional anterior a 1919, misma que es muy fácil de comprobar cuando revisamos el expediente histórico del pensamiento político en diversas partes del mundo, desde tiempos inmemoriales. La consciencia sobre la otredad aparece muy temprano en la historia de nuestra especie y la necesidad de fórmulas para facilitar la coexistencia está presente desde entonces.

Los orígenes disciplinarios

Curiosamente, el trabajo pionero citado con más frecuencia por el pensamiento realista contemporáneo en Relaciones Internacionales es el del historiador ateniense Tucídides: *La Guerra del Peloponeso*, que data del siglo V a. C. y después de ese el *Arthasastra*, de Kautilya, escrito en la India hacia finales del siglo IV a. C. Sin embargo, nuestra condición disciplinaria ha sido objeto de vigorosos debates desde la fecha marcada para su inicio, con el arranque de la cátedra Woodrow Wilson, bajo la dirección del profesor Alfred Zimmern en la Universidad de Aberystwyth, del país de Gales en 1919, al término de la Primera Guerra Mundial.

Esto no es de extrañar, ya que la idea misma de disciplinas como esfuerzos académicos focalizadas en áreas acotadas del quehacer intelectual y orientadas a comprender mejor la realidad, a fin de preparar especialistas para un buen desempeño profesional, es muy reciente en términos históricos; data apenas de mediados del siglo XIX,⁴ aunque haya empezado a gestarse desde las postrimerías de la Edad Media. Las particularidades del caso de Relaciones Internacionales como causa de debate proceden sobre todo del hecho de estar reconocidas como objeto material, es decir, como fenómeno práctico, pero no como esfuerzo disciplinario por derecho propio.

Las dificultades para la consolidación de nuestra condición disciplinaria provienen de las diversas cuestiones, no resueltas del todo hasta la fecha, de orden ontológico y

Guerra Mundial, precisamente como respuesta a la devastación ocasionada por este acontecimiento, que los analistas sociales de la época no lograban explicar de manera satisfactoria con facilidad. Esta tradición ha sido desafiada recientemente por internacionalistas e historiadores revisionistas, quienes aportan evidencias convincentes de abundantes materiales y cursos de perfil internacional, por lo menos desde finales del siglo XIX. Ricardo Villanueva, "1919: ¿La fundación de la disciplina de las Relaciones Internacionales?" en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, núm. 125, FCPYS-UNAM, México, 2016, pp. 11-34. La tradición, no obstante, se sostiene, no sólo por la fuerza de la costumbre, sino sobre la base del argumento de que en 1919 se estableció, más que una cátedra para el estudio de los asuntos internacionales, un proyecto académico formal, del que eventualmente nacería una disciplina.

⁴ Mayra Espina Prieto, *Complejidad y pensamiento social*, 2003, disponible en <http://www.sintesys.cl/complexus/revista2/articulos2/mairaes pina.pdf> fecha de consulta: 20 de agosto de 2018.

epistemológico que deben caracterizar el desarrollo de toda disciplina social. Está de entrada, por ejemplo, la forma de representación del objeto de estudio, sobre la cual no existe un consenso definido con claridad en nuestra área: ¿cómo debe verse el escenario internacional? ¿Es fundamentalmente un conglomerado de Estados nacionales o una totalidad que incluye a toda una gama de actores, mucho más allá del Estado-nación como referente unitario?

Está también la enorme cantidad de asuntos que llena la agenda internacional, centrada de origen en cuestiones de la guerra y la paz pero ampliada de manera progresiva, con una gama en apariencia interminable de asuntos que trascienden el ámbito interno de los Estados en los que se generan dichos fenómenos y luego impactan al resto del escenario internacional.

¿En qué debemos centrar la atención los internacionalistas? ¿Cuáles son los factores condicionantes de mayor importancia para el devenir del acontecer internacional? ¿Son los factores políticos o los económicos, los jurídicos, culturales o ideológicos, o todos ellos juntos? ¿Cómo hacer la diferenciación entre las variables para medir su impacto?

Es justo esta gran diversidad de temas lo que llevó a Kalevi Holsti (1985) a negar rotundamente la posibilidad misma de una disciplina sobre relaciones internacionales y postular la idea de un campo fenomenológico que debe ser estudiado por diversas disciplinas, cada una en su materia propia de especialidad: la Ciencia Política para la política internacional, la Economía para los aspectos relativos a los ciclos de producción e intercambio de bienes y servicios, es decir, el funcionamiento de los mercados; el Derecho para los procesos de creación de los marcos normativos correspondientes a la actividad internacional, el surgimiento de una sociedad civil internacional para los sociólogos, las cadenas explicativas procedentes del pasado para los historiadores, y así sucesivamente, en lugar de una única disciplina de síntesis o totalizadora, la cual, según este autor, con dificultad podría articularse desde una sola perspectiva significativa en términos epistemológicos.

El desarrollo de la disciplina a través de “grandes debates”

En un trabajo pionero sobre los orígenes de la disciplina de las relaciones internacionales, escrito a principios de la década de los setenta del siglo pasado, Emilio Cárdenas Elorduy, siguiendo una tradición establecida por la academia estadounidense, reconoce cuatro grandes etapas en el proceso evolutivo del esfuerzo disciplinario de esta área originada al término de la Primera Guerra Mundial. A lo largo del tiempo, las etapas han sido caracterizadas por tal academia como grandes “debates” entre propuestas teóricas contendientes para el análisis de la realidad internacional, lo cual ha sido muy

cómodo para encajonar el estudio teórico de la disciplina en términos que lo restringen a las líneas de argumentación que emplean los estadounidenses para interpretar lo que ocurre en el mundo y de alguna manera fijar los cánones para el estudio de Relaciones Internacionales.

La estrategia funcionó con agilidad hasta finales de la Guerra Fría, ya que en la mayor parte de las universidades (por lo menos del llamado “mundo libre”) se enseñaba teoría de las relaciones internacionales a partir de una caracterización más o menos simplificada de esos “debates”. Cárdenas Elorduy toma una postura algo diferente al estudiar las etapas evolutivas de la disciplina en función no de las propuestas teóricas en contienda, sino de las matrices disciplinarias predominantes para el análisis internacional en diversos momentos del desarrollo disciplinario.

Así, el primero de ellos corresponde, según el autor, a la fase de predominio de la historia diplomática en el pensamiento internacional, lo que significaría que el desarrollo de Relaciones Internacionales como disciplina habría estado influido en su origen, y en esencia por un enfoque de corte histórico centrado en la interacción diplomática entre entidades estatales. Desde la perspectiva que él maneja, en este sentido, “las grandes obras clásicas de historia y aun los libros de texto de historia universal han sido hasta ahora, en realidad, libros de historia política, pues su objeto central de estudio ha sido, por lo general, las relaciones y formación de los Estados y naciones”.⁵

Como internacionalista de la primera parte del siglo XXI no deja de ser interesante observar, primero, el evidente traslape que hay en este párrafo entre Historia, Ciencia Política y Relaciones Internacionales, todas ellas con la atención aparentemente centrada en un solo y mismo objeto de estudio, (la formación de los Estados y naciones y las relaciones entre ellos) lo que de alguna manera contribuiría a explicar, por lo menos en parte, las dificultades que ha tenido Relaciones Internacionales para justificar su existencia como disciplina autónoma en el campo más amplio de las Ciencias Sociales, habida cuenta del manejo que hace de dicho objeto de estudio la Historia –documentando este tipo de interacciones sociales– por una parte y, por otra, del padrino implícito que se le reconoce a la Ciencia Política sobre el mismo objeto de estudio, que sólo de manera tardía vendría a considerar a las relaciones internacionales como subdisciplina.⁶

⁵ Emilio Cárdenas Elorduy, “El camino hacia la teoría de las relaciones internacionales: biografía de una disciplina” en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, año XVI, núm. 63, Nueva época, enero-marzo de 1971, p. 6.

⁶ Es justamente por esta razón que en diversas partes del mundo, en especial en la academia anglosajona se considera a Relaciones Internacionales sólo como un área de especialización de la Ciencia Política, la cual centra su atención, como señala Cárdenas, en la actividad estatal como expresión de su propio interés, más que en la integración de un sistema internacional como entidad colectiva.

El propio autor, no obstante, arroja luz sobre las importantes diferencias que separan al método histórico del de la Ciencia Política y Relaciones Internacionales, al señalar que: “en su gran mayoría, los investigadores de la historia diplomática evitaron la tentación de generalizar, o extraer principios universales a partir de los hechos constatados, y se apegaron al deber de descubrir, en su mayor simplicidad, el fenómeno histórico”,⁷ reforzando así la tradicional distinción entre las disciplinas de carácter nomotético (que buscan precisamente el descubrimiento de leyes generales explicativas de sus objetos de estudio) y las de carácter ideográfico (que se centran en su singularidad).⁸

No sé hasta qué punto los historiadores se puedan sentir cómodos en realidad con la descripción de su trabajo en estos términos; como historiador me queda claro que el fenómeno histórico es todo menos simple y que documentarlo es una tarea complicada. Quizá Cárdenas Elorduy nos refiere en su reflexión la idea tradicional de la historiografía decimonónica, según la cual corresponde al historiador articular una narrativa lo más objetiva posible, con base en el dato duro proporcionado por evidencia empírica concreta (documentos extraídos de archivos, por ejemplo), sin meterse a hacer valoraciones de los hechos o buscar vínculos causales aplicables a fenómenos históricos similares en momentos distintos.⁹

En este sentido, los historiadores han tenido algunas dificultades para relacionarse con el trabajo de los internacionalistas. El caso de E.H. Carr es paradigmático. Siendo historiador de origen, escribió una de las obras pioneras para el desarrollo autónomo de Relaciones Internacionales.¹⁰ Se trata de un recuento de los principales acontecimientos en el escenario internacional entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el estallido de la Segunda y constituye un análisis coyuntural de la política internacional de esa época; no es un trabajo de historia propiamente dicho, al menos no en el sentido que sugería la historiografía decimonónica, pero de manera inevitable tiene implícita la mirada del historiador. En realidad no podía ser de otra forma; todos los

⁷ Emilio Cárdenas Elorduy, *op. cit.*, p. 6.

⁸ Minor Salas Solís, “La explicación en las Ciencias Sociales: consideraciones intempestivas contra el dualismo metodológico en Ciencias Sociales” en *Reflexiones*, vol. 84, núm. 2, Universidad de Costa Rica, Costa Rica, 2006, p. 52.

⁹ El tema es motivo de enconados debates con las perspectivas reflectivistas contemporáneas, para las cuales esa objetividad pura que permite la descripción puntual de los hechos sin referencia a valores es simplemente una imposibilidad práctica; una quimera, ya que la selección misma de los hechos a describir está inexorablemente impregnada de los propios puntos de vista y la cosmovisión del observador.

¹⁰ La obra se llama *The Twenty Years Crisis 1919-1939 (La crisis de veinte años 1919-1939)* y curiosamente está subtitulada *Introducción al estudio de las relaciones internacionales*. Fue publicada originalmente en 1939, justo antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Es un texto obligado para los estudiosos de Relaciones Internacionales, pero no es un libro de historia.

fenómenos sociales son por naturaleza históricos y, como dijo Ortega y Gasset,¹¹ para explicarlos se tiene que recurrir al expediente histórico.

Pero Carr escribe esta obra como analista de coyuntura y comenta lo que, desde su punto de vista explica el colapso del sistema internacional de esa época. En definitiva no se trata de un estudio historiográfico en el sentido clásico, es una obra de Relaciones Internacionales. Como en el resto de su obra, mezcla aspectos del análisis político con una perspectiva internacional que se alimenta de su formación como historiador, lo cual sugiere la naturaleza compleja del análisis social en general.

El camino hacia la autonomía disciplinaria de Relaciones Internacionales (por lo menos respecto de la Historia) viene, según Cárdenas Elorduy, de hecho del enfoque con el que trabajaron los historiadores de la diplomacia en esa etapa inicial, el cual orilló en su momento a los internacionalistas en dirección de su propia reflexión teórica, como en el caso de Carr. Según Cárdenas Elorduy: “El precio que la historia diplomática tuvo que pagar por el intento de realizar un estudio riguroso, evitando las generalizaciones explicativas fue el renunciar a elaborar un marco de análisis conceptual que en alguna forma correspondiera a una teoría de las relaciones internacionales”.¹²

Además, como los historiadores, según este enfoque tradicional, deberían ocuparse del pasado y dejar un tanto de lado el análisis del presente a las Ciencias Sociales, el distanciamiento entre ambos campos de reflexión (Historia y Relaciones Internacionales) se fue haciendo cada vez más marcado, hasta llegar a un punto absurdo en el que:

La destrucción del pasado o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea a la de generaciones anteriores es uno de los fenómenos más característicos y tenebrosos de la última etapa del siglo xx. La mayoría de los y las jóvenes de este fin de siglo han crecido en una especie de presente permanente que carece de cualquier relación orgánica con el pasado público de los tiempos que les ha tocado vivir.¹³

Puesto que, como disciplina, Relaciones Internacionales aspiraba no sólo a una descripción documentada de los hechos, sino a una explicación causal de ellos, tuvo que empezar a explorar el terreno epistemológico para la construcción de su propio aparato metodológico y conceptual, lo que en un sentido paradójico le llevó a ese alejamiento progresivo de una forma de hacer historia que se negaba a la generalización interpretativa. “La consecuencia negativa más grave de esa manera de proceder era que esos estudiosos fueron incapaces de aportar fundamentos metodológicos que permitieran conectar, explicar o comprender, el significado de los fenómenos políticos

¹¹ José Ortega y Gasset, *La historia como sistema*, Sarpe, Madrid, 1984.

¹² Emilio Cárdenas Elorduy, *op. cit.*, p. 6.

¹³ Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes: 1914-1991*, Pantheon, Londres, 1994, p. 3.

del presente en relación con las tendencias históricas anteriores”.¹⁴ El conocimiento de la historia entre internacionalistas quedaba, pues, a partir de esa ruptura, limitado al dato historiográfico y el análisis internacional se transfería de manera más directa hacia el campo de la Ciencia Política.

El distanciamiento de la Historia y Relaciones Internacionales

Este fenómeno, ocurrido durante la primera etapa de desarrollo disciplinario, durante la primera mitad del siglo pasado fue en realidad perjudicial para ambas disciplinas. Para la primera, porque generó un punto ciego importante en el horizonte de la historia universal, dejando descubierto y sin adecuada atención el proceso de formación de sistemas sociales integrados por comunidades políticamente independientes (sistemas históricos internacionales), cuya existencia sólo viene a reconocerse de manera tardía durante el último tercio del siglo pasado y principios de éste.¹⁵

Para la segunda, porque limitó no sólo el interés de los internacionalistas por la historia como proceso, sino incluso el acceso a información que necesariamente tiene que emplearse como complemento para la elaboración de cadenas explicativas de corte causal a la hora de analizar los problemas internacionales del presente.

Esto ha generado ese lamentable desinterés por la historia del que se queja Hobsbawm, bajo el pretexto de que la actual coyuntura es del todo inédita en la experiencia humana, por lo que no hay prácticamente nada en el expediente histórico que contribuya a su comprensión. Mientras que del lado de los historiadores se ignora la dinámica de la formación de un sistema internacional, del lado de los internacionalistas se desprecia la importancia de la trayectoria evolutiva de los acontecimientos, lo cual va en detrimento de ambas.

Esto no significa, por supuesto, que haya cesado el trabajo de los historiadores de la diplomacia. Hay obras monumentales, muy bien documentadas que prueban todo lo contrario: Renouvin y Duroselle (1964)¹⁶ o el célebre Potemkin¹⁷ sólo por citar un par de conocidos ejemplos. Si bien es cierto que ambas centran la atención en la actividad de los Estados hacia el exterior, más que en el proceso de construcción de un sistema internacional en sí, la obra de Potemkin es mucho más tradicional en relación con el enfoque historiográfico que menciona Cárdenas, en tanto que Renouvin

¹⁴ Emilio Cárdenas Elorduy, *op. cit.*, pp. 6-7.

¹⁵ Véase Barry Buzan y Richard Little, *International Systems in World History: Remaking the Study of International Relations*, Oxford University Press, 2000.

¹⁶ Pierre Renouvin y Jean Baptiste Duroselle, *Introducción a la historia de las relaciones internacionales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

¹⁷ Vladimir Potemkin *et al.*, *Historia de la diplomacia*, Grijalbo, México, 1966.

y Duroselle, sin llegar al extremo de proponer leyes del desarrollo histórico o sugerir una metodología propia para el estudio de las relaciones internacionales, sí buscan aclarar lo que ellos llaman “fuerzas profundas” condicionantes de este tipo de relaciones: “a saber, las transformaciones económicas, los movimientos demográficos, los diferentes niveles de los sentimientos nacionales o del pacifismo, además de la personalidad, las ideas y las motivaciones de los hombres de Estado”.¹⁸

Potemkin, a pesar de su enfoque historiográfico, tiene sin embargo una mirada de largo alcance en el horizonte histórico de la actividad diplomática y empieza su obra reseñando el acontecer de este ámbito en el mundo de la antigüedad, mientras que Renouvin y Duroselle son más ortodoxos respecto al alcance historiográfico que debe ocuparse de las relaciones internacionales y no van más allá de mediados del siglo XVII. Desde este punto de vista, la obra de Potemkin contribuye a justificar el argumento de que, en efecto, es posible hablar de relaciones internacionales como fenómeno práctico (desde la perspectiva flexible sugerida al inicio de este trabajo) a partir de la más remota antigüedad, por lo que Relaciones Internacionales como disciplina debería ocuparse con mayor cuidado del expediente histórico.

Cárdenas observa, en este sentido, que: “las relaciones internacionales, en tanto que ciencia política, como el resto de las ciencias humanas y sociales, es histórica; las relaciones internacionales se desarrollan en el tiempo”,¹⁹ con lo cual sugiere la importancia de un vínculo inquebrantable que deberían mantener, de hecho al igual que todas las Ciencias Sociales y las Humanidades con la Historia; cosa que, al parecer, la mayor parte de los científicos sociales y los humanistas estarían dispuestos a reconocer. El problema, no obstante radicaría más bien en establecer con mayor claridad y precisión, ¿qué implicaciones tiene el hecho de que todas las esas ciencias sean históricas y qué podemos esperar del estudio de la historia en estas disciplinas?

¿Qué nos ofrece el estudio de la historia?

Evidentemente, no existe una sola y única respuesta de consenso. Si bien es cierto que la idea de Santayana respecto de que “quien no conoce la historia está condenado a repetirla” se ha vuelto un lugar común en nuestros días, tampoco es del todo claro cómo debería interpretarse la idea; es decir, qué tipo de conocimiento histórico es el

¹⁸ Jacques Droz, “Reseña de la obra de Renouvin y Duroselle” en *Revue Française de Science Politique*, vol. 16, núm. 2, 1996, p. 362, disponible en http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/rfsp_0035-2950_1966_num_16_2_418463_t1_0362_0000_001# fecha de consulta: 14 de agosto de 2018.

¹⁹ Emilio Cárdenas Elorduy, *op. cit.*, p. 7.

que evita la repetición de los errores y, en todo caso, qué es en concreto lo indeseable en términos de experiencia social. Después de todo, la idea de la historia antes de la modernidad era más cíclica que lineal, por lo que no había antes del mundo moderno una noción de progreso establecida con claridad que matizara la noción de “no repetir los errores del pasado”.

La verdad es que, considerando los métodos actuales de enseñanza de la historia, basados sobre todo en procesos de memorización de fechas y lugares, en vez de análisis de procesos, es difícil ver por dónde se podría acumular experiencia como para evitar los errores del pasado. Ni siquiera parece que sea del todo posible llegar a un acuerdo sobre cuáles han sido esos errores. De hecho, todo parece indicar que hay tendencias que, a pesar del evidente peligro que significan, se repiten sin remedio: el retorno de los nacionalismos xenófobos y exacerbados es un buen ejemplo.

A raíz del distanciamiento que tuvieron la historia diplomática y Relaciones Internacionales (esta última en busca de su propia identidad disciplinaria), nuestra disciplina se hizo cada vez más y más “presentista”²⁰ en un breve lapso; es decir, se fueron olvidando del conocimiento histórico (incluso en el más elemental plano historiográfico) como instrumento para una mejor comprensión de las situaciones de coyuntura, mismas que se llegaron a considerar como expresiones inéditas de la experiencia humana y, por lo tanto, sólo comprensibles en sí mismas, a través de su análisis singular, escasamente conectado con el pasado. En este sentido escribí en mi trabajo sobre la dimensión histórica en el estudio de las relaciones internacionales que:

las exigencias que plantean las situaciones de coyuntura sobre los escenarios internacionales en términos de diseño de estrategias y más concretamente, de acción política requieren de un grado de atención tal con respecto al presente, que deja muy poco margen para la reflexión histórica profunda, o para el análisis histórico comparativo, sobre todo cuando se asume el carácter único, singular y distintivo del momento actual (cualquiera que este sea) y se disocia estructuralmente de épocas pasadas, las cuales, en consecuencia, dejan de ser referente útil para el presionante proceso de toma de decisiones de la siempre cambiante actualidad.²¹

²⁰ Buzan y Little señalan al respecto: “la disciplina de las Relaciones Internacionales se ha centrado principalmente en temas de historia contemporánea y de interés político inmediato. La naturaleza rápidamente cambiante de su objeto de estudio y la demanda presionante de experiencia en temas de actualidad alientan una perspectiva de análisis hacia delante mucho más que una de retrospectiva. En consecuencia, pocos especialistas en la disciplina tienen un amplio conocimiento histórico y menos aún se interesan por adquirirlo”. Barry Buzan y Richard Little, *op. cit.*, p. 18.

²¹ David Sarquís, *La dimensión histórica en el estudio de las relaciones internacionales: el proceso de reconstrucción de sistemas históricos internacionales*, Grial, México, 2012, p. 26.

El presentismo es, por supuesto un caso extremo relacionado con la ponderación de la contribución de la historia para el desarrollo de las Ciencias Sociales en general y de Relaciones Internacionales en particular. Aunque, a final de cuentas, incluso los más acendrados presentistas acaban por tener que incluir alguna referencia de carácter histórico antes de poder articular cualquier narrativa significativa de un hecho de coyuntura. Krippendorf, por ejemplo, hace un notable esfuerzo por demostrar de manera convincente que el análisis internacional debería centrarse, desde el punto de vista histórico, en estudiar el advenimiento de la era moderna, que él identifica de manera puntual con el desarrollo de la Revolución Industrial. La historia de las relaciones internacionales, desde este punto de vista, no tendría que ir más atrás de mediados del siglo XVIII. Sin embargo, su propio intento por explicar las condiciones que hicieron posible la Revolución Industrial lo hacen tener que remontarse al inicio del proceso de las exploraciones ultramarinas de los europeos, a mediados del siglo XV. Los cortes históricos para la caracterización de nuevas épocas son ciertamente importantes, tanto como las cadenas explicativas del pasado que abren camino a todos los momentos de coyuntura.

En el otro extremo del espectro estaría el historicismo denunciado por Karl Popper como un enfoque mecanicista y determinista que, de hecho, buscaba el establecimiento de leyes inexorables (del tipo que supuestamente buscaban postular las ciencias exactas y naturales hasta antes de la revolución cuántica) reguladoras del acontecer histórico-social. Popper critica esta postura y establece que no puede haber una teoría científica del desarrollo histórico sólo porque éste no es predecible en términos que la ciencia moderna pueda avalar a través de su método.²²

Queda entonces abierta la interrogante: ¿qué podemos esperar los internacionalistas en particular del conocimiento histórico? Cárdenas nos sugiere una posible respuesta en los siguientes términos: la historia nos ofrece un conocimiento de hechos singulares, únicos y que no se pueden repetir; tiene por misión hacer aparecer las condiciones reales en que un fenómeno histórico se produjo, las condiciones en las que una acción diplomática tuvo lugar.²³

En este sentido, el autor parece coincidir con el enfoque popperiano contrario a la posibilidad de establecer leyes generales del desarrollo histórico y que con seguridad podría ser avalado sin mayor objeción por todos los reflectivistas contemporáneos. Desde este punto de vista, la contribución de la historia para el estudio de las relaciones internacionales quedaría más bien limitada al papel de anecdotario que, en el mejor de los casos serviría como referente explicativo lejano de las cuestiones de coyuntura.

²² Karl Popper, *La miseria del historicismo*, Taurus, Madrid, 1973, p. 12.

²³ Emilio Cárdenas Elorduy, *op. cit.*, p. 7.

Cárdenas, por su parte, sí considera que, como esfuerzo disciplinario, Relaciones Internacionales no se debe limitar al nivel descriptivo de lo singular en el hecho internacional, sino que busca la identificación de las regularidades que lo condicionan: la explicación historiográfica de las relaciones internacionales –nos dice– particulariza, o al menos describe las vicisitudes de las relaciones internacionales sin explicarlas; la explicación que pretende ofrecer la teoría de Relaciones Internacionales es una explicación de validez general mediante el recurso de la identificación de los elementos típicos.²⁴

Relaciones Internacionales aquí, incluso como subdisciplina de la Ciencia Política, estaría más cerca de la ciencia, como empresa nomotética en su acepción más tradicional, que la propia Historia con un perfil ideográfico.

Vistas así las cosas, podría intuirse sin mayor problema una interacción dialéctica entre Historia y Relaciones Internacionales en la que la primera suministra el material concreto de reflexión para la segunda, que busca interconexiones causales entre los hechos históricos analizados y patrones de regularidad al paso del tiempo.

David Hume intuyó de manera magistral la idea de la regularidad sociológica en el acontecer histórico casi dos siglos antes de que la expusiera Raymond Aron²⁵ al escribir: “la faz de la Tierra está continuamente cambiando, por la transformación de pequeños reinos en grandes imperios, y de éstos en aquellos, la fundación de colonias y la migración de tribus. ¿Acaso se advierte en todos estos acontecimientos algo que no sea fuerza y violencia?”²⁶ Además, con su pregunta final, nos proporciona un punto de vista clave para el tipo de reflexión teórica que ha fascinado a los realistas de todos los tiempos.

No obstante, la pregunta de Hume no es meramente retórica, refleja con claridad la impresión de una persona culta e informada sobre la base de los textos históricos que él conoce, en los cuales en efecto se privilegian los hechos violentos y el uso de la fuerza. Sin embargo, valdría la pena reflexionar lo siguiente: ¿habría subsistido nuestra especie en ausencia de un espíritu firme de tolerancia y de cooperación? Al parecer los hechos de violencia logran captar la atención de los observadores (quizá por su espectacularidad) más que los hechos de colaboración y apoyo entre seres humanos. Basta con observar o escuchar los noticieros para constatar tal tendencia. Lo destacable de la cita no es la referencia a la violencia, sino a la regularidad del proceso histórico.

En esta misma dirección podemos señalar el enfoque de regularidad cíclica que nos ofrece la novela histórica china, *Sanguo* (tres reinos), la cual comienza con esta línea: “Dividido después de un largo periodo, el mundo se unificará; unificado

²⁴ *Idem.*

²⁵ Raymond Aron, *op. cit.*, pp. 851-852.

²⁶ David Hume, *Ensayos políticos*, Unión Editorial, 2005, p. 136.

después de un largo periodo, el mundo se derrumbará” (*Tianxia da shi, fen jiu bi he, he jiu bi fen*).²⁷

La dimensión histórica de la historia universal

Esto implica, desde mi punto de vista, la necesidad de un reconocimiento puntual y sin ambages de una dimensión internacional en la historia universal. Es decir, el reconocimiento de la internacionalidad como condición inherente al desarrollo humano. Entiendo en este punto por “internacionalidad”, una característica distintiva del más amplio de los sistemas sociales: el internacional, integrado por comunidades políticamente autónomas, en el sentido más amplio del término, la cual implica una interconectividad constante entre ellas, misma que define procesos de influencia recíproca que condicionan la existencia del conjunto como tal así como la de cada una de las partes integrantes en lo individual.

Internacionalidad es, pues, esa condición que define a un sistema internacional, en el que las partes inician un proceso de interrelación desde una condición de autonomía política que, por lo general, implica un ambiente de anarquía ocasionado por la ausencia de un poder común entre todas ellas. La internacionalidad así descrita sigue presente como factor condicionante del devenir del sistema creado por la interacción de los grupos humanos, hasta que la misma convivencia genera condiciones de institucionalización de los procesos internacionales propiciando la fusión de los grupos en entidades mayores, creando sistemas sociales ampliados, pero bajo un esquema de institucionalidad que va sometiendo a control de las partes hegemónicas el orden originalmente anárquico de la interacción.

Los sistemas internacionales que siguen esta ruta de desarrollo conforman entonces sociedades internacionales organizadas con más claridad en cuanto a sus procesos de interacción hasta que, por sus propias contradicciones internas y las presiones externas, la sociedad internacional eclosiona y vuelve la fragmentación generadora de la anarquía; entonces el ciclo tiende a repetirse.

Desde aquí puede decirse que, así como hay una historia de la física, de la química, de la medicina o hasta del vestido, finalmente debe haber también una historia específica de las relaciones internacionales como tales, más allá de lo que por tradición hemos conocido como historia universal, que no ha sido sino una narrativa que privilegia, dado su origen, el predominio europeo sobre el resto del mundo y asume como distintivo de la evolución humana, el proceso de europeización.

²⁷ Bang Yen Chen, “Sovereignty or identity? The significance of the Diaoyutai/Senkaku Islands dispute for Taiwan” en *Perceptions: Journal of International Affairs*, núm. 19, 2014, p. 107.

Una historia más omnicomprendiva de las relaciones internacionales como tal tendría que replantearse como esfuerzo intelectual para la construcción de una narrativa que se ocupe con puntualidad de la configuración de los sistemas internacionales que han existido a lo largo de la historia, es decir, que trascienda el eurocentrismo característico de la historia universal tradicional y reconsidere la configuración civilizatoria de todas las otras regiones del mundo.

La idea no es del todo nueva, ya Schwarzenberger había señalado en su oportunidad que: “la sociedad internacional²⁸ es producto de una evolución histórica que se ha prolongado durante muchos siglos. Han existido sociedades internacionales anteriormente, sobre cuyas ruinas se ha desarrollado la moderna sociedad internacional”.²⁹ En tiempos más recientes, Ferguson y Mansbach³⁰ han buscado trascender el horizonte histórico acotado del sistema westfaliano y de la interacción entre Estados territoriales soberanos, para explorar el horizonte más amplio de las entidades políticamente autónomas, incluidas tribus y pueblos de la antigüedad, siguiendo una línea de pensamiento que ya aparece sugerida en Toynbee y su monumental estudio de la historia, el cual contempla la formulación de una línea de argumentación respecto a la experiencia histórica de la humanidad en su conjunto y como conjunto, desde la aparición de las primeras civilizaciones hasta la época del autor.³¹

Este enfoque es controvertido porque los internacionalistas ortodoxos no aceptan con facilidad ni la idea de la existencia de un sistema internacional como tal, ya que dicen que el conglomerado de Estados no opera como una unidad orgánica en busca de objetivos comunes, ni la de relaciones internacionales anteriores al surgimiento de las naciones, lo cual nos deja un horizonte de reflexión histórica severamente limitado como campo visual de análisis para los internacionalistas. Toynbee es un historiador, pero su trabajo, como el de Carr, tiene un perfil eminentemente internacional que abona de manera directa a la visión holística que requiere la idea de sistema internacional.

El argumento central de esta modalidad del fundamentalismo disciplinario que se opone a la idea misma de relaciones internacionales prewestfalianas es que ir más allá del horizonte que marca el surgimiento de las naciones desde mediados del siglo XVII rompe con la especificidad del sistema internacional moderno. Es decir, que en esencia, no puede haber relaciones internacionales “propriadamente dichas” antes de

²⁸ El autor se refiere aquí puntualmente a la sociedad europea de Estados soberanos que configuró el sistema internacional moderno (westfaliano) y destaca su condición histórica como una más entre muchos sistemas internacionales históricos.

²⁹ Georg Schwarzenberger, *La política del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 5.

³⁰ Yale Ferguson y Richard Mansbach, *Politics: Authorities, Identities and Change*, University of South Carolina Press, Columbia, 1996.

³¹ Véase Arnold J. Toynbee, *El estudio de la Historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1995; 1998.

1648, que es la fecha “oficial” con la que se enseña en la mayor parte del mundo sobre la formación del sistema internacional moderno, también llamado westfaliano, porque éste nace a raíz de las negociaciones de la Paz de Westfalia que puso fin a la célebre Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y que dio paso al surgimiento del Estado soberano y territorial moderno.³²

Lo que este argumento (no del todo equivocado; miope, pero no equivocado) pierde de vista es que, en primer lugar, el proceso de gestación de las naciones es de muy largo cuño y no está delimitado de manera tajante en forma alguna. Pero, además, que las naciones mismas son resultado de procesos históricos que involucraron el trato entre grupos humanos políticamente autónomos entre sí desde mucho tiempo atrás y que de ese tipo de trato se heredaron prácticas que los Estados nacionales asumieron como propias, una vez que se convirtieron en actores de un sistema más amplio: la práctica diplomática, por sólo citar el ejemplo más obvio, ilustra el argumento, si bien es cierto que cada sistema internacional histórico ha tenido sus propias características y especificidades pero, sobre todo, su propio orden: es decir, las reglas básicas del juego bajo las que normalmente se desempeñan los miembros integrantes del sistema.

Esto no implica pretender que se reduzca la complejidad típica del sistema internacional contemporáneo para comprimir la naturaleza de las relaciones internacionales a una fórmula simplista: “lo que siempre han hecho los grupos humanos políticamente autónomos cuando se relacionan entre sí?”. Es claro que hay semejanzas, pero también importantes diferencias, en las formas de interacción entre colectividades humanas y que tales semejanzas y diferencias no tienen por qué ignorarse de manera mutua. De hecho, tendrían que ser complementarias entre sí cuando se busca una visión integral de la dinámica que mueve a la realidad internacional en su conjunto al paso del tiempo.

Los sistemas internacionales, si se aceptan como categoría de análisis para la historia de las relaciones internacionales de largo plazo, pueden estudiarse en su especificidad espacio-temporal, a la manera en que observamos una fotografía, o en su devenir, como continuidad, del mismo modo en que observaríamos una película. Pero una opción no invalida a la otra, según nos dijo Schwarzenberger, pues es sobre las ruinas de los viejos sistemas internacionales que se construyen las nuevas edificaciones. La aceptación de un enfoque de esta naturaleza expande de manera considerable el horizonte de observación para los historiadores de las relaciones internacionales.

³² Así como hay una corriente revisionista que cuestiona la fecha de 1919 como origen de nuestra disciplina, también la fecha de 1648 ha sido cuestionada como parteaguas del sistema internacional moderno. Véase Benno Teschke, *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*, Verso, Londres, 2003.

Como sugiriera Ortega y Gasset para explicar cualquier fenómeno humano, hay que contar una historia, lo que implica el conocimiento del acontecer, ya que:

El hombre, es lo que le ha pasado, lo que ha hecho. Pudieron pasarle, pudo hacer otras cosas, pero he aquí que lo que efectivamente le ha pasado y ha hecho constituye una inexorable trayectoria de experiencias que lleva a su espalda, como el vagabundo el hatillo de su haber. Ese peregrino del ser, ese sustancial emigrante, es el hombre. Por eso carece de sentido poner límites a lo que el hombre es capaz de ser. En esa ilimitación principal de sus posibilidades, propia de quien no tiene una naturaleza, sólo hay una línea fija, preestablecida y dada, que puede orientarnos, sólo hay, un límite: el pasado.³³

De donde el insigne maestro extrae su enfática conclusión en el sentido de que más que una naturaleza inmutable, los seres humanos tienen historia,³⁴ que además nutre su célebre tesis del individuo como síntesis de una constitución personal y su circunstancia.³⁵ La idea que él aplica a la condición del ser humano en lo individual es perfectamente válida para las comunidades que integra como sujeto social: cada una de ellas está condicionada por un contexto espacio-temporal propio.

El reencuentro de las Relaciones Internacionales con la historia

Desde este punto de vista, el conocimiento de la historia es mucho más que un simple anecdótico que refleja niveles sofisticados de cultura; es un estudio introspectivo de la mismísima condición humana, que nos revela cómo se forjan los escenarios sociales a partir de la constitución biológica de un ser dotado de conciencia como instrumento de supervivencia en un entorno, las más de las veces hostil y siempre cambiante, en el que tiene que convivir con otros seres humanos. La experiencia humana es pues

³³ José Ortega y Gasset, *La historia como sistema*, Sarpe, Madrid, 1984, pp. 47-49.

³⁴ *Idem*.

³⁵ El maestro aporta una visión clave para la incorporación de la variable del tiempo en el análisis social. Las teorías clásicas de Relaciones Internacionales han sido predominantemente ahistóricas. Buscan leyes de carácter universal aplicables a cualquier época y cualquier contexto. Ortega y Gasset refuta tal postura. “El mundo o circunstancia, como ingrediente de la vida, no es sólo el descrito por la ciencia, es también el mundo de los valores, de la religión, es toda realidad en la que se sitúa y con la que se encuentra el sujeto o yo y que determina sus posibilidades existenciales, su destino. La circunstancia se compone de innumerables capas: el mundo físico, el mundo de la cultura, la realidad histórica y social e incluso el cuerpo y la propia mente. Cuando Ortega insiste en la circunstancia termina hablando también de la perspectiva, puesto que el hombre es un ser circunstanciado, inscrito en la realidad espacio-temporal que le ha tocado vivir; la perspectiva es el ámbito desde el que es posible experimentar la realidad”. S/a, *José Ortega y Gasset. Resumen mínimo de su pensamiento*, disponible en <http://www.e-torredbabel.com/Historia-de-la-filosofia/Minima/Ortega-Gasset-resumen-minimo.htm> fecha de consulta: 3 de junio de 2018.

histórica, biológica y social a la vez y es necesario tener en cuenta todas estas dimensiones básicas para poder entender de manera integral a nuestra especie. Los científicos sociales, en general, y los internacionalistas, en lo particular, no siempre lo han entendido con claridad. De alguna manera, la crítica postmoderna ha venido a recordar y enfatizar la importancia del contexto histórico para el análisis social.

No obstante lo anterior, a la fecha prevalecen algunos prejuicios importantes por parte de quienes hacen Ciencias Sociales, en general, y Relaciones Internacionales, en lo particular, con respecto a la Historia. Quisiera señalar por su relevancia tres de ellos, para sintetizar lo que hemos venido diciendo:

- 1) aunque en términos generales existe algún tipo de reconocimiento a la idea de que es importante estudiar la historia para saber cómo llegamos al punto en que estamos en el proceso evolutivo de la humanidad, la verdad es que para muchos estudiantes (e incluso para algunos profesores) de nuestra disciplina, la realidad internacional contemporánea es tan diferente de cualquier otra época, que prácticamente no hay nada en la historia que sea de utilidad para una mejor comprensión del momento actual. La historia es, de este modo, un buen anecdotario, o un buen referente cultural, pero no necesariamente una herramienta de análisis indispensable para nuestra especialidad;
- 2) existe, por otra parte, la idea de que el estudio de la historia es fundamentalmente el estudio de singularidades: hechos o condiciones que, en estricto sentido, no se repiten y, por lo tanto, no permiten generalizaciones, por lo que la historia no se puede estudiar de manera científica y, en consecuencia, tampoco puede contribuir de manera sustancial al desarrollo de una disciplina de pretensiones científicas, y
- 3) por último (aunque no por ello menos importante) está el hecho de que la enseñanza de la historia con frecuencia está matizada por un énfasis excesivo en la memorización de datos: nombres y fechas que con rapidez saturan a las mentes inquietas, las cuales tienden a cansarse muy pronto con este enfoque mecanicista del estudio de la historia.

Para poder repensar el papel de la historia en la formación de los internacionalistas es conveniente replantear los objetivos que se persiguen al estudiarla. Pero antes de hacerlo también conviene tener en cuenta dos importantes aspectos de la percepción popular de lo histórico en nuestra época:

- 1) el tiempo anterior a la modernidad es en esencia circular; las cosas, los fenómenos, las personas, se desplazan espacialmente para cubrir ciclos, por

lo que la comprensión de un ciclo es de suyo una valiosa aportación para el entendimiento de la problemática social en su conjunto, y

- 2) es la modernidad la que nos ha enseñado a pensar el tiempo lineal y progresivo: de ahí la obsesión por distinguir todo lo moderno en términos de ruptura con el pasado; de este modo hablamos de manera enfática sobre la ciencia moderna o de la política moderna o del Estado moderno y de tantas otras cosas modernas más en las que buscamos especificidad singularizante que rompe con las imágenes previas de continuidad que nos vinculaba al pasado.

A simple vista, en términos metodológicos, ambos enfoques parecen irresolublemente contrapuestos. O bien pensamos en términos de continuidad histórica en la que los fenómenos sociales cambian de forma pero no de fondo, o pensamos en términos de rupturas históricas en las que los fenómenos sociales se renuevan tanto en la forma como en el fondo (en su esencia, dirían los aristotélicos) con cada nueva fase de la historia.

Las implicaciones de cada enfoque son claras: el primero favorece la conclusión de que, al paso del tiempo, en realidad nada cambia en sustancia; *same old story*, para el segundo, el pasado está muerto y debería ser enterrado. El desarrollo de la teoría de Relaciones Internacionales, prácticamente durante su primer medio siglo de existencia estuvo muy influido por estas circunstancias.

Siguiendo el pensamiento de Niels Bohr y Luis de Broglie, quisiera sugerir la posibilidad de contemplar ambos enfoques, en apariencia contradictorios de manera irreducible, no sólo como posibles para el análisis histórico de las relaciones internacionales, sino de hecho como complementarios.³⁶ Se requiere, por supuesto, de una perspectiva dialéctica para poder vislumbrar el carácter complementario de estos enfoques. Esto es, que resulta posible, al analizar cualquier fenómeno internacional, estudiarlo, ya sea desde su regularidad cíclica hasta su singularidad irrepetible sin que se confronte una contradicción irresoluble. Esto significa básicamente que es posible (incluso es deseable) estudiar un fenómeno internacional en el contexto de su

³⁶ En pocas palabras, la complementariedad es una relación que existe entre descripciones mutuamente excluyentes de la realidad, que son sin embargo todas “verdaderas”. Si esto se acepta, la idea de una única descripción de la realidad, que puede formularse en el lenguaje humano, parece entonces condenada al fracaso. Esto podría tener profundas implicaciones en constructos conceptuales en muchas áreas del pensamiento occidental, que fueron elaborados sobre el supuesto de que tal descripción no sólo es posible, sino también quizás accesible. Sin embargo, a diferencia de los deconstructivistas postmodernos que intentan socavar tales constructos, la complementariedad justifica el uso de un lenguaje rígido en un contexto bien definido. Jairo Roldán Ch. *et al.*, *La complementariedad: una filosofía para el siglo XXI*, Universidad del Valle, Cali, Colombia, 2014, disponible en http://www.academia.edu/1925577/La_Complementariedad_una_Filosof%C3%ADa_para_el_Siglo_XXI fecha de consulta: 10 de junio de 2015.

singularidad histórica y en búsqueda de su especificidad concreta, al mismo tiempo que lo consideramos como expresión de una regularidad sociológica que mueve la dinámica de todos los sistemas sociales, el internacional incluido. La teoría de la complejidad, desarrollada en el seno del pensamiento sistémico contemporáneo apunta justo en esta dirección y contribuye a fortalecer el entendimiento de la dinámica social en general e internacional en lo particular.

Un planteamiento de esta naturaleza tiene importantes implicaciones metodológicas: asume la validez del supuesto de la especificidad de cada fenómeno en cada época, pero al mismo tiempo ofrece la posibilidad de reconocer la continuidad de los procesos sociales al paso del tiempo y, de este modo, los vínculos que de alguna manera unen a la experiencia humana en su conjunto. Dicho lo anterior podemos proceder a la reconsideración del estudio de la historia por parte de los internacionalistas a un siglo de conformada nuestra disciplina. En este sentido, me parece importante destacar:

- 1) la necesidad de una perspectiva internacional de nuestra búsqueda. Somos internacionalistas y nos define como tales la especificidad de nuestro objeto de estudio. Desde mi punto de vista, los sistemas internacionales como totalidad: su origen, su estructura, su funcionamiento, su comportamiento, su desarrollo y sus transformaciones históricas en las diversas regiones del mundo;
- 2) preguntarnos por el origen del sistema internacional moderno implica explorar la ubicación temporal concreta en la que éste surge. La visión tradicionalista sobre el particular nos señala, como ya hemos apuntado, un punto histórico específico: Westfalia, 1648. Hay razones de peso para justificar esta respuesta, pero ¿es suficiente para una cabal comprensión de lo internacional en su conjunto desde una perspectiva histórica de mayor alcance? No podemos pasar por alto que tal enfoque, por definición eurocéntrico, nos lleva a omitir más de 90 por ciento de la historia de la humanidad en su conjunto. ¿Significa esto que no hay nada que explorar desde una perspectiva internacional durante todo ese lapso?;
- 3) el término internacional parece poco afortunado para el desarrollo de una perspectiva histórica de largo alcance, porque es por naturaleza restrictivo. Se refiere a una forma de agrupación y organización colectiva característica de la modernidad europea occidental: la nación. Pero sabemos que la realidad tiene matices mucho más ricos de lo que el lenguaje puede expresar con comodidad. Por ende, es conveniente explorar la idea genérica subyacente bajo este concepto para así poder repensar sus implicaciones históricas. Ciertamente hubo muchas y muy diversas formas de agrupación social antes de que los hombres se organizaran en grupos nacionales;

- 4) siguiendo el pensamiento de Raymond Aron me parece plausible señalar que la idea genérica subyacente al concepto de relaciones internacionales es la de flujo de interacción entre comunidades políticamente autónomas es decir, colectividades organizadas por centros de poder separados de forma estructural, y
- 5) una concepción de esta naturaleza abre un horizonte histórico de muy largo alcance, pues tenemos evidencia de comunidades políticamente autónomas desde la más remota antigüedad. Por supuesto que cada una de ellas tiene su especificidad histórico-concreta, pero lo importante a destacar como paso inicial de una perspectiva internacional de la historia es la línea de continuidad en términos de la dinámica de interacción que puede establecerse desde ese pasado remoto hasta nuestros aciagos días.

¿Cómo podemos entonces pensar la historia los internacionalistas, qué podemos aprender de ella? Un aspecto que me parece crucial es el de aprender a ver las singularidades histórico concretas como expresión de una regularidad sociológica que permea todos los procesos evolutivos en sistemas internacionales, de alguna manera sugerida por Hume y enfatizada de manera explícita por Aron.

¿En qué consiste entonces esa regularidad sociológica? Desde mi punto de vista:

- a) la diversidad de nuestra especie es producto de la biología, de la geografía y de la historia y ha sido condición *sine qua non* del proceso de poblamiento de nuestro planeta;
- b) en función de este proceso, nuestro mundo ha estado poblado de manera continua por comunidades políticamente autónomas en forma de familias primitivas, tribus, clanes, fratrías, confederaciones de tribus, gens, pueblos y naciones que crecen y se proyectan como la otredad de todas las demás;
- c) hoy en día incluso empiezan a proyectarse sobre el escenario internacional las regiones como un nuevo crisol de grupos nacionales. En consecuencia, resulta conveniente ampliar la extensión del concepto de relaciones internacionales para así poder incluir en él a todas las formas de interacción entre comunidades humanas políticamente autónomas;
- d) los sistemas sociales en general y los internacionales en particular se gestan en el proceso de interacción de estas comunidades políticamente autónomas que luego crecen y se transforman para generar toda una gama de nuevos actores internacionales;
- e) la interacción entre ellas es resultado de la expansión de estos grupos por todo el territorio disponible en el planeta; una vez establecida la interacción, los grupos tienden a fusionarse, integrando sistemas internacionales que arrancan

- en una fase de anarquía inicial (originada en la ausencia de un poder común que las regule) y tienden a irse integrando bajo la influencia de un poder hegemónico;
- f) este proceso se va dando por fases, pero nunca es homogéneo del todo aun cuando pueda considerarse homogeneizante, y
 - g) con independencia de la solidez que un sistema internacional así creado pueda llegar a tener (por estar integrado por partes que nunca dejan de buscar su autonomía, lo que genera una dinámica de contradicciones internas) a final de cuentas está destinado a la fragmentación (que puede ocurrir de muy diferentes formas), pero que por lo general abona las condiciones para el reinicio del ciclo.

Esta es, desde mi punto de vista, la regularidad sociológica o principio rector que en mayor o menor medida ha condicionado la historia de la humanidad. Todos los casos histórico-concretos en los que podamos pensar son una función de este principio rector y están condicionados (aunque no determinados) por él. Una vez comprendido y asimilado el principio rector es posible abordar los casos histórico-concretos ya en su especificidad, para así explorar el porqué es que, aun siguiendo el mismo principio rector, algunos sistemas internacionales evolucionan en una dirección y otros en otra, tal como ocurre con el caso de los seres humanos en lo individual; hay una fórmula básica de la cual se originan y más de siete mil millones de posibilidades para su concreción. Quien afirma que “todos los hombres (como especie) son iguales”, en algún sentido genéricamente hablando tiene razón, pero también la tiene quien sostiene que “cada cabeza es un mundo y cada mundo es distinto”. Desde el punto de vista de la lógica aristotélica que rige al pensamiento occidental tradicional, esto representa una paradoja irresoluble. Se tiene que pensar en términos dialecticos para vislumbrar la veracidad simultánea de ambas.

No se trata pues de un modelo mecanicista. Es posible pensar la historia de nuestra especie en su conjunto como un proceso continuo de interacción entre comunidades políticamente autónomas que se relacionan de manera inevitable por necesidad y/o por conveniencia y que al hacerlo crean una nueva dimensión de la realidad social en la que operan los sistemas internacionales, entidades que se integran por imposición o por conveniencia, desarrollan una dinámica propia tratando de subsistir y por último se fragmentan debido a sus contradicciones internas, dando origen a un nuevo comienzo.

Pensar la historia como devenir de la humanidad desde esta perspectiva internacional invita a considerar la naturaleza procesal de la integración de sistemas históricos internacionales, no se limita a la repetición de datos histórico-concretos que caracterizan la singularidad de cada caso específico (cosa que también puede hacerse).

Contribuye además a consolidar la idea de los sistemas internacionales como objeto de estudio propio para la disciplina de Relaciones Internacionales y también como campo de búsqueda, en cuya reconstrucción tienen que participar los historiadores.

Reflexiones finales

Son, en primer término, los grandes procesos de integración de sistemas históricos internacionales lo que nos interesa, desde el punto de vista de la historia general de las relaciones internacionales, porque sólo a partir de ellos podemos hacer sentido de la gran riqueza de particularidades que nos ofrece cada caso por separado, sobre la cual nos pueden informar nuestros colegas historiadores.

El análisis del conjunto: los grandes procesos y sus particularidades se pueden convertir de este modo en importantes lecciones respecto a la forma en que opera la dinámica de los sistemas internacionales, que nunca dejan de tener sus particularidades histórico-concretas.

Su comprensión puede ayudarnos a entender las fuerzas que entran en juego para hacer operativo a cada sistema, más allá de la voluntad individual (o colectiva) de los agentes involucrados en el proceso, pero al mismo tiempo puede nutrir la esperanza de poder llegar a ejercer un mayor grado de control sobre una estructura cuyo desempeño ciego y desbocado suele ser catastrófico. De esta manera, la relación entre agencia y estructura (voluntad y destino) puede alcanzar un punto de equilibrio que nos permita mirar al futuro con mayor optimismo gracias al trabajo colaborativo de ambas disciplinas.

El primer siglo de existencia formal de la disciplina de Relaciones Internacionales ha sido turbulento en diferentes sentidos. No sólo porque la realidad internacional que estudiamos lo es, sino porque no ha sido fácil precisar con claridad el objeto de estudio propio al que dedicamos nuestro esfuerzo. Por ello, hemos tenido que luchar sin descanso por un reconocimiento como esfuerzo intelectual por mérito propio que todavía se nos niega desde otras matrices disciplinarias. En un ambiente en el que ya se discute la futilidad de los enfoques disciplinarios y el tránsito no sólo hacia la interdisciplinariedad, sino hacia lo transdisciplinar, las cosas no parecen mejorar de manera sustancial.

Tampoco la creciente complejidad de nuestro objeto de estudio augura mejores tiempos. En este terreno se habla ya de un mundo postnacional. Es claro que la nueva realidad no ha acabado de configurarse con claridad, mientras que gran parte de las viejas estructuras persisten: lo nuevo no acaba de nacer mientras que lo viejo se resiste a morir, parafraseando al pensamiento histórico materialista. Pero no me parece que éste deba ser motivo de desánimo, antes al contrario, es claro que la magnitud de los

retos va a exigir lo mejor de nuestras capacidades para entender y para modificar al mundo, como diría Marx.

Nuestra relación con la Historia y con los historiadores ha estado marcada por encuentros y desencuentros. De ella nos nutrimos originalmente y luego nos distanciamos; ahora, como el hijo pródigo, de manera paulatina retornamos a nuestras raíces, todavía sin una idea clara de qué buscamos ahí.

Los retos para el nuevo siglo son monumentales. La teoría de las relaciones internacionales, de la cual se nutren las posibilidades de nuestro desarrollo disciplinario, tiene que ser repensada con cuidado para librarse de la camisa de fuerza westfaliana que la ha condicionado hasta la fecha³⁷ y contemplar un horizonte histórico mucho más amplio. Los internacionalistas tienen que aprender con mayor solidez a identificar lo que cambia y lo que permanece en los escenarios internacionales; reconocer cómo es que las regularidades sociológicas condicionan las especificidades históricas. Los historiadores tienen que aprender a reconocer lo internacional como una dimensión distinta de la realidad social para escudriñarla con ese cuidado que caracteriza a la búsqueda de las singularidades. El trabajo colaborativo es la única vía viable para el logro de resultados significativos en ambas áreas.

Fuentes consultadas

- Aron, Raymond, “Qu’est-ce que une théorie des relations internationales?” en *Revue Française de Science Politique*, vol. 17, núm. 5, Paris, 1967.
- Buzan, Barry y Richard Little, *International Systems in World History: Remaking the Study of International Relations*, Oxford University Press, 2000.
- Cárdenas Elorduy, Emilio, “El camino hacia la teoría de las relaciones internacionales: biografía de una disciplina” en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, año XVI, núm. 63, Nueva época, FCPYS-UNAM, México, enero-marzo de 1971.
- Chen, Bang Yen, “Sovereignty or identity? The significance of the Diaoyutai/Senkaku Islands dispute for Taiwan” en *Perceptions: Journal of International Affairs*, vol. 19, núm. 1, Center for Strategic Research of the Ministry of Foreign Affairs of the Republic of Turkey, 2014.
- Droz, Jacques, “Reseña de la obra de Renouvin y Duroselle” en *Revue Française de Science Politique*, vol. 16, núm. 2, Paris, 1996, disponible en http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/rfsp_0035-2950_1966_num_16_2_418463_t1_0362_0000_001#

³⁷ Barry Buzan y Richard Little, *op. cit.*

- Espina Prieto, Mayra, *Complejidad y pensamiento social*, 2003, disponible en <http://www.sintsys.cl/complexus/revista2/articulos2/mairaes pina.pdf>
- Ferguson, Yale y Richard Mansbach, *Politics: Authorities, Identities and Change*, University of South Carolina Press, Columbia, 1996.
- Hobsbawm, Eric, *The Age of Extremes: 1914-1991*, Pantheon, Londres, 1994.
- Holsti, Kalevi, *The Dividing Discipline*, Unwin Hyman, Boston, 1985.
- Hume, David, *Ensayos políticos*, Unión Editorial, Madrid, 2005.
- Ortega y Gasset, José, *La historia como sistema*, Sarpe, Madrid, 1984.
- Popper, Karl, *La miseria del historicismo*, Taurus, Madrid, 1973.
- Vladimir Potemkin, et al., *Historia de la diplomacia*, Grijalbo, México, 1966.
- Renouvin, Pierre y Jean Baptiste Duroselle, *Introduction á l'histoire des relations internationales*, Colin, Paris, 1964.
- Rosenberg, Jay, "Why is there no international historical Sociology?" en *European Journal of International Relations*, vol. 12, núm. 3, Amsterdam, 2006.
- Salas Solís, Minor, "La explicación en las Ciencias Sociales: consideraciones intempestivas contra el dualismo metodológico en Ciencias Sociales" en *Reflexiones*, vol. 84, núm. 2, Universidad de Costa Rica, Costa Rica, 2006.
- Sarquís, David, *La dimensión histórica en el estudio de las relaciones internacionales: el proceso de reconstrucción de sistemas históricos internacionales*, Grial, México, 2012.
- Schwarzenberger, Georg, *La política del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- Teschke, Benno, *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*, Verso, Londres, 2003.
- Toynbee, A.J., *El estudio de la Historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1995; 1998.
- Villanueva, Ricardo, "1919: ¿La fundación de la disciplina de las Relaciones Internacionales?" en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, núm. 125, FCPYS-UNAM, México, 2016.